

y el hallazgo mencionado figura en el museo de Cluny en París. La corona mayor que es también la más preciosa tiene engastados 30 zafiros orientales y otras tantas perlas entre grandes y pequeñas; lleva la inscripción: *Recisunthus rex offerret* (sic); otra más pequeña dice: *Sonnica offerret*. Esta última se ha atribuido sin fundamento ninguno a una pretendida esposa de Recesvinto, como muchas otras más pequeñas a sus hijos, a pesar de que no tenía más que un hijo y una hija. Muchas de estas coronas eran simplemente ex-votos, pero no todas, pues las hay que han sido llevadas por adorno, como lo prueban las visagras, y presillas para un forro que tienen. El estilo ó dibujo de todas es romano bizantino. Autores árabes cuentan que los moros encontraron en Toledo 23 coronas de reyes godos; porque había la costumbre de que cada rey antes de morir hiciera un ex-voto de una de estas coronas con su nombre; pero ciertamente no se contaban las encontradas en Guarrazar en el número de las cogidas por los moros. Por lo demás hemos visto que estas coronas votivas podían también llevarse, puesto que se sirvió Paulo de una de estas (1).

En un autor se cita también un anillo para sellar que usaba Teudiselo.

APÉNDICE

REINO DE LOS SUEVOS EN ESPAÑA

CAPÍTULO PRIMERO

Historia exterior

Cuando los vándalos y alanos emigraron hacia la Galia y España, se les agregaron tribus suevas, bien que no sabemos á cuál de las ramas ó pueblos de esta raza pertenecían. Algunos han dicho que eran senones, por cuyo terreno podían haber pasado los emigrantes de Panonia; pero otros pueblos de raza sueva, marcomanos y cuados, habitaban entonces en la cuenca baja del Danubio al lado de los vándalos. Sea de esto lo que fuere, al repartirse los invasores las provincias de España por suerte, tocó á los suevos el extremo Noroeste de la península, que por sus fronteras naturales, el mar y las montañas y cordilleras constituía una especie de fortaleza natural, que les permitió conservar su independencia durante poco más ó menos siglo y medio á pesar de sus luchas interiores y de las guerras con vecinos más poderosos. La victoria que alcanzó Valia sobre los alanos, libró á los suevos de estos mismos enemigos. No duró mucho la tranquilidad relativa, porque en 419 los acosaron los vándalos, incomparablemente más poderosos, en los montes nevásicos, cuya situación ha sido objeto de muchas discusiones siendo la más probable la que la refiere á Arbas, en el puerto de Pajares, entre las provincias de León y Oviedo. Reinaba entonces entre ellos Hermerico, que gobernó desde el año 410 hasta 440, y mal lo habrían pasado si los vándalos se hubiesen quedado en España. Cuenta la fábula, por supuesto como mera ficción, que conociendo los dos pueblos que estaban demasiado próximos uno al otro para vivir en paz, hicieron luchar dos siervos, uno por pueblo, para ver cuál de los dos tenía que abandonar el país al otro; fué vencido el de los vándalos, y en su consecuencia pasaron estos al África.

Como en todos los pueblos germánicos, reinaban al principio sobre los suevos un gran número de jefes y reyezuelos. Así acaudillaban Hermigaro y Hermerico cada uno cierto

(1) Las del museo de Cluny son demasiado pequeñas para ceñir ninguna cabeza. (N. del T.)

número de tribus. El primero había seguido á los vándalos para ocupar el terreno que iban abandonando, cuando Genérico se volvió súbitamente atrás y derrotó tan completamente á los suevos cerca de Mérida, que su rey se ahogó en la huida en el Guadiana. Aprovecharon esta derrota los romanos para salir de sus castillos y ciudades fortificadas y atacar á los bárbaros, obligándolos en 429 á hacer la paz; pero Hermerico faltó ya al año siguiente á las estipulaciones, derramándose con sus hordas por las provincias limítrofes, asolando, saqueando y matando todo lo que encontraban. Entonces fué cuando Idacio obispo de Chaves, el cronista, marchó á la Galia para suplicar á Aecio que acudiera con sus tropas á proteger las provincias de España contra los suevos. Desde que se habían marchado al África los vándalos y alanos, había pasado más de una generación, es decir desde 430 hasta 466, año en que volvieron á recuperar el país los visigodos. En este intermedio los suevos fueron los únicos dominantes en el país; y si no se extendieron perennemente por mayor territorio que el que habían ocupado desde el principio, prescindiendo de sus excursiones y correrías de merodeo y exterminio, era porque su número no lo hacía necesario ni lo permitía. Hermerico que gobernó desde 433 hasta 440, cayó enfermo, y teniendo necesidad de descanso se agregó como co-regente á su hijo Rechila, que derrotó por el año 436 completamente en Singilia ó orillas del Genil un ejército imperial, y ocupó á Mérida y Mirtilis (entre 437 y 439). Muerto su padre, Rechila le sucedió, y reinó desde 440 hasta 448. Impulsado por su pueblo, echóse sobre las provincias ricas del Sur, y pasando del Guadiana al Betis conquistó á Sevilla, toda la Bética y la provincia de Cartagena, derrotando completamente á Vito, general en jefe de un numeroso ejército romano.

Rechila murió siendo pagano en el mes de agosto del año 408 en Mérida, pero su hijo Rechiaro que le sucedió en la dignidad real estaba bautizado en la religión católica. Rechiaro, que reinó desde 448 hasta 456, atacó desde luego á los romanos y á los vascos; y tan temible se hizo entonces el reino suevo, que el reino visigodo Teodorico I se alió con Rechiaro contra los romanos dándole una hija suya por esposa. A su vuelta de una visita que había hecho á su suegro en julio de 449, Rechiaro, asoló de paso la provincia de Zaragoza, y tomó por sorpresa, auxiliado por visigodos, la plaza de Lérida. Dos años después trató Roma de entrar en pactos con los suevos, quizás con la intención de emplearlos contra Atila; pero no fueron ellos los que combatió en los campos de Chalons al lado de los hunos porque estos habían venido juntos desde el Bajo Danubio á la Galia. En vano trataron embajadas romanas y godas en 455/456 de hacer que el rey de los suevos respetara los territorios romanos en España, porque Rechiaro contestó á los enviados de su cuñado Teodorico II, que pasaría á Francia á quitarle su capital Tolosa, si le privaba de devastar las ciudades romanas de España. En vista de esto se echaron los visigodos y romanos, aliados para el caso, sobre el territorio de los suevos penetrando sin encontrar obstáculo hasta el Orbigo (Urbicus), y en 5 de octubre de 456 alcanzó Teodorico una victoria completa cerca de Paramo á 12 leguas romanas de Artorga. Rechiaro huyó herido hasta el extremo de Galicia donde se embarcó no se sabe para dónde, pero vientos contrarios le echaron atrás á Porto Cale (Oporto), donde fué cogido y muerto. Antes de esto ya había ocupado Teodorico á Braga, la capital de los suevos (en 28 de octubre) donde nombró lugarteniente suyo á Aiulfo uno de sus consejeros. El reino de los suevos parecía perdido; Aiulfo, cediendo á las instancias de los suevos, se declaró rey independiente; pero fué derrotado, hecho prisionero y

muerto también en Oporto como su antecesor. Al propio tiempo ó antes se había levantado otro rey suevo, Maldra, hijo de Masila probablemente, en el extremo Noroeste de Galicia, que no solamente se sostuvo, sino que ganó también á Lisboa, mientras los partidarios de Aiulfo habían elegido rey en el Sur del país en 457 á Franta. Muerto este en el mismo ó al siguiente año, sometiéndose aquella parte del país suevo al rey Maldra, el cual les envió por rey á su hijo Remismundo, de suerte que el país de los suevos quedó dividido en dos, y quizás en tres, porque Maldra hizo matar á un hermano suyo que bien podía haber sido también un reyezuelo de algunas tribus. Mientras este Maldra devastaba el país del Duero en 458, la Lusitania en 459/460 y arrancaba en 460 á los visigodos la plaza de Oporto, hizo Remismundo una incursión en Galicia. Nada pudieron contra los suevos los mejores caudillos visigodos que fueron sucediéndose, Cirilo, Sigerico y Suniarico en 459 y 460, y aun cuando Maldra murió asesinado en febrero de 460, todavía conquistaron los suevos á Lugo y tomaron por sorpresa el 26 de julio de 460 la ciudad de Chaves, haciendo prisionero al obispo Idacio en su iglesia. Desde entonces tomó el caudillo de los suevos Frumario, quizás primo de Remismundo, el título de rey, sosteniéndose como tal en aquella parte de la península hasta su muerte que ocurrió en el año 463. Esto á lo menos es lo que puede sacarse como más probable de las confusas noticias que nos han quedado de aquella época.

Mientras tanto no habían estado ociosas las armas visigodas; habían ocupado á Scalabis y Lisboa en la parte inferior del Tajo; se habían aliado con Remismundo, probablemente con la promesa de auxiliarse contra su competidor Frumario; y Teodorico II había dado á su aliado por esposa una mujer visigoda, quizá una parienta suya. Este casamiento tuvo la consecuencia, muy importante en aquella época, de introducir el arrianismo entre los suevos, que hasta entonces continuaban en su mayor parte paganos, salvo alguna que otra excepción como en la familia real, entre cuyos miembros había algunos católicos. Con la esposa visigoda llegó también el obispo arriano Atax que, favorecido por el rey, debió de hacer muchos prosélitos. Entonces los suevos de Remismundo, aliados con los visigodos, y mientras estos peleaban contra los romanos en la Galia, conquistaron en 465 á Coimbra, y después á Lisboa y Anona.

Eurico, sucesor en el trono visigodo de Teodorico su víctima, ambicionando apoderarse de toda la península, rechazó en 466 una embajada de Remismundo y atacó á los suevos lo mismo que á los romanos. La guerra entre los dos pueblos germánicos fué una indecible desgracia para el país y sus habitantes, según nos refiere Idacio en su crónica. Pero la crónica de Idacio acaba en este punto, es decir en el año 468, dejándonos á oscuras sobre los sucesos ulteriores del pueblo suevo, del cual por espacio de un siglo no volvemos á oír hablar, ni siquiera sabemos el nombre de sus reyes. Isidoro para quien hubiera sido fácil reunir datos, miraba con demasiado desprecio á aquellos herejes y bárbaros para cuidarse de ellos; y solo sabemos por lo que respecta á los visigodos, que Eurico les quitó todas sus conquistas y los redujo á su primitivo territorio en la Galicia.

Con la conversión del rey y gran parte del pueblo suevo al catolicismo, la leyenda religiosa vuelve á echar alguna luz vaga sobre ellos, y véase lo que refiere: Reinaba por el año 560 el rey Teodomiro y tuvo la desgracia de que su heredero, muchacho joven, cayera mortalmente enfermo. En su desesperación imploró la intercesión de San Martín de Tours, el santo más célebre entonces en toda la Europa occidental, ofreciéndole, si curaba á su hijo, el peso de este en oro y plata; pero no obteniendo lo que deseaba, conoció

PUEBLOS GERMÁNICOS Y ROMANOS

que el poderoso santo no quería hacer milagros en favor de herejes, y entonces hizo secretamente voto de hacerse católico y construir al santo una iglesia. Con esto curó luego el niño. Hasta aquí la leyenda piadosa; históricamente se sabe que en el año 463, el tercero ó cuarto del reinado de este mismo rey, se reunió un concilio en Braga para organizar la Iglesia en el país suevo, recientemente convertido al catolicismo por los esfuerzos y extraordinario celo del misionero Martín de Dumium, varón notabilísimo que murió en 580, después de haber consolidado su obra empezada en 550 con la fundación de muchos conventos, como los de Dumio, Tibaes y Lorban.

El sucesor de Teodomiro ó Miro, no se sabe si hijo del anterior, llevaba los mismos nombres y reinó desde 570, hasta 583. Guerreó con la tribu de los rucones en la Cantabria, y después trató de entenderse con el rey Gontram de Borgoña para adoptar medidas contra la siempre creciente ambición y temible poder de Leovigildo, que á duras penas consintió en 576 en evacuar el terreno suevo que tenía ocupado. Al pronunciarse Hermenegildo, hijo de Leovigildo, contra su padre, tomó Miro naturalmente el partido de Hermenegildo, tanto para satisfacer sus instintos belicosos como por ser ambos católicos; pero al marchar sobre Sevilla para socorrerla fué encerrado con sus tropas en un desfiladero por Leovigildo que solo le dejó salir después de jurar su sumisión, y cooperación armada contra el hijo rebelde. Después, «no probando al rey de las sierras el aire y las aguas del llano, cayó enfermo,» dice San Gregorio de Tours, y murió delante de Sevilla ó quizá en su país, adonde acaso volvió para curarse. Su hijo y sucesor Eborico reconoció la soberanía visigoda, «solicitó, dice la crónica, la amistad de Leovigildo, al cual prestó juramento de vasallaje como había hecho su padre, y se encargó del gobierno de la Galicia.» Esta sumisión sirvió de motivo ó de pretexto para la sublevación de su cuñado Audica, que á la cabeza de un ejército se apoderó en 584 del joven rey, al cual hizo tonsurar y meter en un convento, casándose él con la viuda de Miro, Sisigunda. Leovigildo no se hizo esperar para restablecer su soberanía y vengar á su protegido, ya que cortada su cabellera, no podía devolverle al trono. Audico apenas resistió; fué tonsurado á su vez, metido en 585 en el convento de Beja, y el reino suevo con su tesoro real incorporado al visigodo. En el mismo año el suevo Malorico hizo una tentativa para formar un nuevo reino suevo independiente en Galicia; pero los generales de Leovigildo le derrotaron en seguida y le mandaron cargado de cadenas á Toledo.

Desde entonces cesó de existir el reino suevo. No dejó de tener influencia este elemento germánico sobre la población de Portugal y Galicia distinguiéndola de la del resto de la península, sin contar otras particularidades características que hemos tenido ocasión de notar, por ejemplo, en la vida eclesiástica. Nada indica que los suevos conservaran bajo el gobierno de los reyes visigodos nada parecido á un derecho ó fuero particular y propio de su raza, bien que es natural que se observase en litigios entre suevos. Algunos reyes visigodos hicieron residir un hijo suyo por lo común á título de co-regente en el país; pero únicamente para prevenir tentativas de separación; y desde el año 585 solían añadir alguna vez á su título el apéndice, «y rey de los suevos.»

Hasta el tiempo de Felipe II, solían llamar los castellanos á los portugueses en son de burla sebosos, palabra que quizás tenga su origen en esta época visigoda (1).

(1) Tirso de Molina y otros autores dramáticos del siglo XVII llaman en efecto sebosos á los portugueses; pero esta palabra no tiene la etimología que le supone el autor, sino la de finos y galanteadores, que se derivan como sebo al calor de los atractivos femeniles. (N. del T.)

CAPITULO II

Organizacion interior

No consta en ninguna parte que al establecerse los suevos en su territorio lo hubiesen hecho mediante un arreglo legal con los propietarios de las tierras, pero es regular que sucediera así, porque el pacto que hizo el emperador Honorio con ellos supone el empleo del sistema llamado de hospitalidad ó sea la cesion de una parte de cada heredad á los invasores. Esto en cuanto al primer establecimiento legal; despues, cuando se derramaron los suevos fuera del territorio que les habia cabido en suerte, como solo se trataba de excursiones de saqueo, por ejemplo desde 430 á 440, no habia toma de posesion formal; todas sus salidas no tenian mas objeto que la destruccion y rapiña en los distritos y ciudades que ocupaban, y que asolaban y saqueaban para abandonarlas despues aunque se les entregasen pacíficamente.

Jamás usa ningun autor el nombre de Suevia ni otro análogo para designar el territorio ocupado por los suevos; solo se citan los conventos ó distritos en que estaba dividido el país como en tiempo de los romanos; á saber, el de Braga, el de Asturias, de Lusitania, etc.

Particular es entre los suevos la constante co-existencia de dos reyes, que debia tener su origen en una innata inclinacion y antigua tradicion de esta raza de dividirse en dos grupos, uno occidental y otro oriental, costumbre que se conservaba á pesar de lo fatal que era para la independencia, y á pesar de las frecuentes ocasiones de reunirse los dos grupos en uno solo cuando uno de los reyes desaparecia de la escena por alguna coyuntura casual. Así tenemos los diferentes reyes simultáneos: Hermerico y Hermigaro; luego Hermerico y Rechila; Aiulfo y Maldra; Maldra y Franta; Maldra y Remismundo; en este último caso es la duplicidad aun mas chocante, porque estos dos últimos reyes eran padre é hijo; y por último Remismundo y Frumario (1).

Nada sabemos respecto de las categorías sociales entre los suevos, si habia familias nobles, etc., pero respecto de los provinciales ó sean los oriundos del país, es natural que presentasen las mismas clases sociales, municipios con sus fueros y jurisdiccion como en el resto de la península y demás provincias del imperio romano; solo que el aislamiento en «el rincón mas apartado de Europa,» como los mismos hijos del país decian, la consiguiente separacion de otras regiones civilizadas junto con la mayor rudeza de los suevos, y lo agreste de las montañas, debian de ser otros tantos obstáculos al progreso intelectual y de la civilizacion.

Del poder real y de sus atributos solo sabemos que el rey era el jefe de los hombres en armas en la guerra y juez supremo con derecho de gracia en tiempo de paz, segun se desprende de dos hechos, uno legendario, pero el otro histórico. Habia un tesoro real, porque los reyes cambiaban presentes con otros reyes extranjeros, hacian donaciones y regalos á las iglesias y acuñaban moneda, conforme lo prueban positivamente las que se han encontrado en diferentes puntos de España. Llevan estas monedas el nombre del emperador romano encima del busto del rey, probablemente para facilitar su curso.

Las del tiempo de Rechiario (449-456) llevan todavía el nombre de Honorio por timbre y á título de legalidad, porque él fué quien autorizó á los suevos mediante pacto

(1) Fuera de los casos de sublevacion de una parte de los suevos contra la otra, lo que nosotros vemos en esta duplicidad de reyes es el deseo de suprimir la eleccion y asegurar la sucesion hereditaria. Por eso reina generalmente el hijo al lado del padre y luego le sucede.

(N. del T.)

(*foedus*) solemne del año 417 á establecerse en el país, del mismo modo que el rey ostrogodo Totila empleaba en sus monedas el nombre del emperador Anastasio, aunque habia muerto mucho tiempo hacia, porque Anastasio habia hecho el convenio para la ocupacion de Italia con Teodorigo. Solo así se explica el nombre de Honorio en las monedas de Rechiario.

Cuando al principio los reyes suevos eran todavía paganos ó arrianos, trataban á la Iglesia católica con frecuencia como enemiga; así la muerte del rey Hermigaro se atribuye por la crónica á un castigo de Dios por haber aquel rey insultado á Santa Eulalia de Mérida; pero despues vemos que el obispo Antonio de Mérida, Toribio de Astorga y sus colegas de Lamego, Lugo, Chaves ú Orense (Idacio) correspondian libremente entre sí, con el clero galicano y con Roma; que podian perseguir á los maniqueos, tener una controversia y concilio contra los priscilianistas é interceder con sus reyes con muy buen resultado á favor de los naturales del país, ó provinciales romanos. Tampoco cesó de existir la division diocesana en todo aquel período oscuro desde Remismundo hasta Teodomiro. El martirio de San Vicencio, el del abad Ranimiro y el de los doce monjes del convento de San Claudio que se dice haber ocurrido en el año 554 por obra de los suevos arrianos es apócrifo.

Católicos ya, ejercieron los reyes suevos la jurisdiccion régia sobre la Iglesia. En 1.º de mayo de 563 se reunió el primer concilio de Braga por orden del rey Teodomiro y bajo la presidencia del metropolitano Lucrecio que en su alocucion declara haberse cumplido al fin su ardiente y constante deseo de ver reunido un sínodo, gracias á la orden del rey inspirado por Dios; (al parecer se habian opuesto sus predecesores arrianos tenazmente á la reunion de concilios católicos), concilio que empezaria por condenar la herejía de los priscilianistas «á fin de disminuir en este confín del mundo la ignorancia» en semejantes cosas. En su consecuencia se leyeron los cánones de los concilios antiguos que el papa Leon promovió en 441 y 448 en España contra la citada herejía y en seguida se redactaron y votaron 17 cánones nuevos. Despues se leyeron muchas resoluciones de otros sínodos antiguos y con gran respeto una epístola del papa Vigilio al *profuturo de Braga*, escrita en 458; y finalmente se fijaron otros veintidos cánones encaminados á restablecer el orden en los ejercicios religiosos que en «esta apartada provincia» se habian conturbado mucho.

Se niegan la autenticidad y la existencia de un concilio en Lugo y naturalmente sus resoluciones, en el cual se dice que propuso y obtuvo el rey Teodomiro el establecimiento de un segundo arzobispado para su reino en Lugo, y luego el aumento y exacta demarcacion de los obispados suevos. En cambio es positivo el segundo concilio de la misma ciudad por Martin de Braga, que por orden del rey Miro se reunió en 1.º de junio del año 572, y en el cual el presidente declaró que el rey, indudablemente por inspiracion divina, habia mandado á los obispos de ambos arzobispados constituirse en asamblea. Despues de leerse los cánones del concilio primero de Braga, se añadieron diez mas, referentes á la disciplina de la Iglesia; en el primero se inculca á los obispos su obligacion de visitar cada año todas las iglesias de su respectiva diócesis, de inspeccionar en cada iglesia el primer día el clero, y el segundo á los feligreses para amonestarlos á que conserven intacta su fe en la resurreccion y en el juicio final, y huyan de la idolatría, del homicidio, adulterio, perjurio, falso testimonio y otros pecados mortales. Se prohíbe en los demás á los obispos exigir en estas visitas pastorales mas de dos sueldos de cada iglesia,

y no un tercio de sus rentas, destinadas á obras y alumbrado; se prohíbe tambien obligar al clero á prestaciones materiales; dejarse corromper y sobornar por el interés para ordenar legos indignos y criminales; exigir nada por bautizos, por la consagracion de iglesias ni por el crisma; consagrar iglesia alguna sin informarse de si tiene la dotacion necesaria, ni establecer ninguna por especulacion para darse con la mitad de las limosnas que se cobraran para su conservacion. Por último, se manda no admitir quejas ni acusaciones contra eclesiásticos por su vida lujuriosa y ataques al pudor si no iban acompañadas de dos testigos y castigar en caso contrario á los acusadores con la excomunion.

En memoria de su conversion al catolicismo fundó el rey

Teodomiro la célebre basilica de San Martin en Braga á la cual dotó al propio tiempo con las tierras adyacentes. Las 29 diócesis en que se dice dividió el rey Miro el reino suevo fueron arregladas por concilios posteriores. Este rey estaba en relaciones muy amistosas y constantes con San Martin, obispo de Dumio, al cual instaba, á pesar de no saber leer, á que le favoreciese con sus producciones literarias. El obispo satisfizo su deseo y le mandó una *Instruccion para vivir honestamente*, diciendo con finura cortesana: que bien sabia que el rey no la necesitaba por estar dotado de talento natural, pero que seria muy útil á las personas que le rodeaban.

Las relaciones entre la Iglesia del reino suevo y Roma eran muy activas á fines del siglo v.

LIBRO IV

LOS PUEBLOS GODOS MENORES

CAPITULO I

LOS HÉRULOS

Esta rama goda era quizá idéntica á la de los suardones porque ambos nombres se derivan de dos voces godas, *hairu* y *suardu*, que vienen á significar lo mismo, es decir *espada*. Cuentan las antiguas leyendas que los hérulos, despues de predominar largo tiempo en la isla de Escancia, fueron expulsados finalmente por los daneses, y hubieron de establecerse en la costa Sudoeste y en algunas islas del Báltico. De allí salieron con frecuencia muchos grupos de este pueblo, el mas errante de todos los de raza germánica, conducidos por sus respectivos caudillos impulsados de su carácter guerrero, en busca de aventuras; muchos entraron al servicio de Roma, que los apreciaba por su valor indómito, y en tiempo del emperador Galieno llegó uno de sus jefes á la dignidad de cónsul; pero faltos de toda idea de nacionalidad, desaparecieron todos estos grupos sin dejar huella, exterminados en los combates ó absorbidos por las poblaciones donde se hallaban.

Es probable que una parte notable del pueblo emigrara junto con otras ramas godas desde las orillas del Báltico á las de la embocadura del Danubio y hasta á las del Mar Caspio, porque á mediados del siglo iv venció allí Ermanarico á un rey hérulo llamado Alarico, «porque, dice el autor que menciona este hecho, la porfia tenaz de los (ostrogodos) contrarestó el empuje de los hérulos.» Parece que estos hérulos meridionales fueron retrocediendo delante de los hunos Danubio arriba, hasta que estos conducidos por Atila los alcanzaron y sometieron obligándolos con su rey á marchar con ellos en el año 451 hácia la Galia. Muerto Atila, se separaron los hérulos, como de los gépidos y ostrogodos, de los hunos. Por el año 560 hordas hérulas procedentes del Este, es decir de las bocas del Danubio, devastaron el país de Salzburgo; y entonces muchos de este pueblo entraron al servicio de Constantinopla y de Roma, probablemente por no poder resistir en su país, como los demás pueblos poco numerosos, al creciente poderío de los ostrogodos. Muchos sirvieron en las filas de Odoacro; y en los ejércitos bizantinos del siglo vi desempeñan un papel muy notable á las órdenes de sus propios caudillos ó caciques, como Fara que mandaba 300 y despues 100, y contribuyó mucho á la victoria que Belisario alcanzó sobre los persas junto á Dara. Luego este mismo Fara estuvo encargado de sitiar al último rey vándalo encerrado en la peñascosa sierra de Pappua que al fin se le entregó. Tambien se distinguieron siempre los hérulos mandados por sus caudillos en las campañas de Italia con-

tra los ostrogodos. Narses les era muy simpático; tanto, que al ser llamado este general á Constantinopla no quisieron seguir con Belisario. Despues enriquecidos por la venta de su botín al ejército de Uraia, juraron á los ostrogodos no combatir mas contra ellos y se marcharon para volver á su país; pero apenas llegaron á Venecia, ya se arrepintieron de su juramento y volvieron á Constantinopla para tomar otra vez servicio. Posteriormente fué Narses, por orden de Justiniano, á tratar de nuevos enganches con sus régulos (*arcontes*), de modo que en su campaña decisiva contra los mismos ostrogodos en tiempo de Totila y Teya tuvo en sus filas 3,000 jinetes hérulos mandados por su caudillo Filimuto. Muerto este, les dió Narses por jefe á Vulcario, sobrino de otro caudillo hérulo llamado Fanateo, muerto delante de Cesena, «porque, dice el historiador griego, habian de ser siempre mandados por jefes de su raza,» y respecto á Vulcario añade: «Este caudillo arrojado, pero imprudente y temerario, no considera como obligacion y mérito de un jefe disponer el orden de batalla y dirigirla, sino dar el ejemplo á los suyos atacando á la cabeza de ellos personalmente al enemigo.» Por esto cayó tambien en la emboscada que le preparó Butilino cerca de Parma, y «cuando todos huyeron, él se quedó con su séquito de lanceros á hacer frente al enemigo y murió con ellos despues de una lucha heróica contra el mayor número.» Se puede inferir de aquí que los jefes de mercenarios hérulos tenian una escolta ó acompañamiento particular formado de guerreros escogidos. Los que se salvaron se dividieron sobre la eleccion de un nuevo jefe; los unos querian á un tal Aruto, y los otros á Sindual (quizás equivalente á Sinibaldo), ambos igualmente valientes; pero Narses confirmó el nombramiento del último. Este caso deja suponer que los jefes eran electivos, y que cuando menos sus tropas tenian el derecho de proponerlos al general romano. Momentos antes de la batalla de Capua llevaron á Narses la noticia de que uno de los hérulos mas principales entre los suyos acababa de matar con inaudita crueldad á uno de sus criados ó siervos germánicos por una falta insignificante. En seguida llamó el general á su presencia al culpable, el cual muy léjos de negar el hecho, dijo que el amo tenia derecho á matar á su esclavo para escarmentar y dar ejemplo á los demás. Narses no lo entendió así, y para demostrar á sus mercenarios que se hallaban en su ejército, y no en las selvas de su país, hizo dar muerte al culpable segun la justicia romana, no segun las de su pueblo. Indignados los hérulos, «bárbaros como son,» dice el autor griego, determinaron abstenerse de combatir; pero al ver que Narses no hacia el menor caso de ellos y se preparaba tranquilamente